

El americanismo universalista de José Martí

Eugênio Rezende de Carvalho

Profesor. Universidad Federal de Goiás (UFG), Brasil.

El americanismo que se desprende de la obra de uno de los intelectuales hispanoamericanos más universales de la segunda mitad del siglo XIX, el cubano José Julián Martí y Pérez (1853-1895), estuvo en gran parte determinado por una peculiar visión del mundo y del ser humano, tal como se evidencia en toda su obra. Tres principios básicos constituyen la base de su cosmovisión: la unidad, la analogía y la armonía universal. En primer lugar, Martí concibió el universo como la gran síntesis unitaria, origen y fin de todas las cosas, y estableció una jerarquía entre la dimensión de la *esencia* eterna, una e invariable —identificada con la idea de un *ser o espíritu absoluto y universal*— y la dimensión de lo múltiple y diverso, lo fragmentario y accidental, lo peculiar y lo finito, donde se encontraban los seres humanos. Había algo en el ámbito de las accidentalidades que era invariable, perteneciente al plano de las esencias, representado en general por los conceptos de *alma* o *espíritu*. Sin embargo, cada ser múltiple y diverso de ese todo unitario, conllevaba apenas *parte* de la esencia universal, sin confundirse totalmente con ella. Así, esa parte no representaba en sí *toda* la unidad, o, en otras palabras, el universo para

Martí no era la suma de cosas unas, idénticas. Esa parcela de invariabilidad explica cómo su visión del mundo admitió una *relación de analogía* entre todos los seres, esferas y fenómenos del universo. Como consecuencia de dicho principio de analogía, Martí adoptó el presupuesto de que el universo se guiaba por determinadas leyes —físicas y morales— de carácter y valor universales. Y aún más, definió la armonía como el principio regulador de las relaciones entre los diversos órdenes e instancias del universo.

Otro aspecto muy importante fue su consideración de una dinámica universal concretada por un doble movimiento de *descenso* y *ascenso*: el primero, partiendo de la unidad en dirección a lo múltiple y el segundo, inversamente, de lo diverso a la síntesis integradora originaria. De la suma de los dos movimientos resultaría un proceso o tendencia general de desplazamiento del *caos*, de la imperfección, hacia la *armonía*, la perfectibilidad.

Coherente con tales principios y a raíz de ellos, se ha evidenciado en la obra de Martí una singular concepción del *hombre* y de la *naturaleza*. Por una parte, la naturaleza —presentada como sinónimo de universo y vista desde una perspectiva romántica— fue idealizada

como paradigma de perfectibilidad a partir de argumentos metafísicos, y trasformada en una referencia moral de justicia y armonía para los seres humanos. Por otra parte, el hombre —individual o colectivamente considerado—, como parte de la naturaleza, se presentaba como un ser dual: llevaba consigo algo de la esencia creadora, perfecta e infinita —el *alma* humana—, y una serie de imperfecciones y limitaciones que lo situaban jerárquicamente en un nivel inferior al de la naturaleza, por pertenecer al plano de la accidentalidad y la relatividad. El sentido primordial de la vida era la elevación, la ascensión del ser humano al nivel de la naturaleza, por medio de un movimiento que sería presidido por criterios éticos y morales.

Tales principios cosmológicos configuraron incluso una peculiar visión martiana del proceso histórico. Al presentar la historia como la lucha entre lo racional y lo irracional, Martí definió como racional todo lo que contribuyera o concordara con el movimiento ascensional hacia la armonía y la perfectibilidad de la naturaleza. Al tratar de la conflictiva relación entre hombre y naturaleza, partió del principio de una tendencia evolutiva general, asociada a la idea de *progreso*, en el sentido de la solución de dicha relación conflictiva y de la afirmación final de la razón. Obedeciendo a tal criterio, la historia humana se resumía, en términos martianos, en la trayectoria del *hombre-fiera* al *hombre-hombre* u *hombre-ala*. De esta forma, el mundo progresaba de lo caótico y aleatorio hacia la armonía y el orden. Sin embargo, tal dinámica no se materializaba por medio de movimientos idénticos —en su sincronía— en las diversas regiones de la tierra, y sí por movimientos paralelos que, aunque fuesen análogos, obedecían a distintos ritmos.

Principios complementarios de la cosmovisión martiana

Otros principios complementarios, no por eso menos importantes, compusieron la cosmovisión martiana y estuvieron íntimamente vinculados a su americanismo. Martí ubicó la libertad en el plano de las esencias universales y la asoció con todo lo que fuera vital, natural y esencial a lo humano. A su vez, consideró que cualquier factor inhibitor o limitador de la libertad era antinatural, obra irracional, un obstáculo a la ascensión del ser humano hacia el ser absoluto. La libertad era el instrumento que ampliaba la visión del mundo y confería un mayor sentido a la obra universal. Ello constituyó uno de los criterios fundamentales para la definición de su campo de identidad americana. El único factor limitador posible y aun necesario a la libertad era la *conciencia*, sobre todo la *conciencia del deber*, que tenía la función de garantizar el

seguro y juicioso ejercicio de la *voluntad*, controlándola con el fin de asegurar la efectiva libertad entre los seres humanos. La conciencia, como auto-conocimiento, como «ciudadanía del universo», permitía al hombre una posición de protagonismo en su relación con la naturaleza, al orientar sus acciones de acuerdo con determinados deberes morales.

El *conocimiento* era el requisito previo para la conciencia: el hombre se conocía a sí mismo por el conocimiento de la naturaleza, de la que formaba parte. Ante la imperfección de la vida, era el instrumento del que se servía el ser humano para vislumbrar las armonías de las leyes que regían la naturaleza y extraer de ellas las soluciones a sus problemas. O sea, era necesario estudiar las fuerzas de la naturaleza y aprender a manejarlas y aplicarlas en beneficio de la humanidad. Martí tendía incluso a execrar, en el ámbito de la existencia humana, todo lo que fuera *artificial* y, en contrapartida, a enfatizar todo lo *natural*. Para él, las convenciones sociales creadas deformaban la existencia verdadera y natural de los hombres, que necesitaba revelarse con el fomento de la *autenticidad*. Era preciso, pues, conocer América más allá de las apariencias y de las máscaras que le imputaban algunas lecturas o interpretaciones artificiales y equivocadas, con el fin de revelar su propia naturaleza, su propia esencia. Así, la preservación de tal originalidad, en términos martianos, era el camino hacia la universalidad.

En suma, a raíz de la coherencia que mantuvo con su peculiar visión del mundo y del ser humano, el americanismo de José Martí asumió un tono nítidamente universalista. El gran espíritu universal tenía un rostro particular en cada continente, de manera que las sociedades humanas —como parte de la diversidad y accidentalidad del universo— tenían determinados elementos de la esencia universal sin fundirse totalmente con ella, permitiendo así el surgimiento de ciertas particularidades y, por tanto, diferencias. En ese sentido, la *nuestra América* martiana se insertaba en el ámbito de lo *accidental*, peculiar y finito, pero, como todos los elementos del universo, llevaba en sí algo de *esencia*, de universal.

La ética humanista de José Martí

En la base del americanismo martiano, y confiriéndole un contenido universal, estaba, seguramente, su *ética humanista*. Las virtudes morales constituían, por lo tanto, la parte de la esencia, la parcela universal del americanismo martiano. Para que el hombre viviera en armonía con la naturaleza —uno de los fines últimos de la existencia—, era preciso que la conducta humana fuera guiada por el bien y por el amor, superadores de la accidentalidad de la maldad, el odio y el egoísmo humanos.

José Martí se dedicó a rescatar determinados valores invariables y universales que se situaban sobre todas las particularidades típicas de una realidad americana fragmentada y contradictoria, formando así una nueva pauta de convivencia. Pero la simple definición y aceptación de un referencial ético no presuponía, necesariamente, un compromiso práctico, una obligación o deber para con tales principios. El hombre, para Martí, era, por encima de todo, un *instrumento del deber*. Por ello, este era tanto un valor en sí como un elemento que imponía un sentido práctico a los demás principios éticos.

La ética de Martí valoraba el dolor y el sufrimiento por su efecto concientizador sobre el sentido absoluto de la existencia. Su eticismo situó el bien y el amor como principios fundamentales reguladores de la conducta humana, tanto a nivel individual como social, revelados en el altruismo y la renuncia en favor del prójimo. En ese sentido, las virtudes —sobre todo en el orden moral— eran así concebidas como una propensión a la realización del bien y como vía para la aproximación —o fusión— del hombre con la esfera de las esencias universales. En general, la ética martiana se revistió de un arraigado sentido humanista y/o humanitario, en la medida en que situó, condicionó y mensuró los valores en su relación de utilidad para la humanidad. El hombre —o mejor, la humanidad— fue así, para Martí, la medida de todas las cosas. Su ética humanista fue tanto un elemento de diferenciación de otras perspectivas americanistas como un elemento de universalización de su propuesta de identidad americana.

La idea martiana de *patria*

La originalidad de sus conceptos de *patria* y *humanidad* permitió a Martí conciliar determinados criterios de universalidad con una perspectiva de identidad regional. Tal originalidad residió en el esfuerzo por adecuar el valor patrio a la condición humana en general, vinculando lo particular a lo universal en su definición de *patria* como *humanidad*. En ese sentido, ambos conceptos se complementan. El pensador cubano simplemente extendió al ámbito continental el mismo conjunto de principios que formaban la base de su concepto de patria. Su discurso asumió, de esa forma, un nítido contenido supranacional, es decir, su proyecto de atribución de una identidad americana reconocía la existencia de una patria más allá de las fronteras impuestas por los Estados nacionales del subcontinente hispanoamericano. Igual que su patriotismo, su americanismo se apoyó en la conciencia del imperativo de avanzar en el camino de un nuevo orden social para América, sostenido por determinados principios morales. Ubicado entre un nacionalismo extremo, de tono regionalista, y un cosmopolitismo sin

raíces, el patriotismo martiano se mantuvo coherente con su visión del mundo y de la humanidad, como el gran fomentador de las virtudes humanas, como un factor de *conciencia moral*. En tanto deber de humanidad y personificación del bien común, la patria simbolizó, para el intelectual cubano, el medio privilegiado de materialización de su ideal ético humanista.

El diagnóstico martiano de la realidad americana

El americanismo de José Martí se apoyó en un determinado diagnóstico del presente y del pasado de América, que fue un importante factor de diferenciación en relación con otros proyectos de identidad continental. Glorificar la época precolombina, condenar el episodio de la conquista y colonización europeas y, por fin, resaltar el pasado reciente —de la posindependencia— en el cual Hispanoamérica renacía para la libertad y buscaba ocupar una posición de *protagonismo* en el curso de la historia universal, fueron las claves de su visión de la historia americana. Sin embargo, Martí creía que el fardo de la herencia colonial era muy pesado y que la Hispanoamérica de su época padecía de muchos «males de origen». Con todo, las causas atribuidas a la enfermedad no estaban vinculadas a factores étnicos o raciales, tal como propusieron otros americanismos de su época. Para Martí, las causas eran, fundamentalmente, de contenido moral y de naturaleza histórica y, no siendo congénitas, eran, por tanto, plenamente curables.

Sin embargo, para garantizar la efectiva recuperación y cura, y así poder vislumbrarse un futuro grandioso para *nuestra América*, era preciso vencer toda una ola de ofensas, calumnias y preconceptos racistas de la que era víctima y que afectaba la autoestima, la honra y la dignidad de los diversos estratos étnicos y culturales que formaban los pueblos hispanoamericanos. Por ello, Martí enalteció lo que llamó desdeñada y virtuosa «raza hispanoamericana», mestiza por excelencia, liberando al mismo tiempo el concepto de raza de los límites impuestos por los criterios biológicos, y vinculándolo a la idea de comunidad cultural. Su americanismo se desarrolló así frente a la imagen de una *nuestra América* enferma, difamada y despreciada. Se identificó con una América diferente y quiso rescatarla y revelarla. El diagnóstico martiano de América se completa con su peculiar visión de los Estados Unidos. Su estudio y experiencia directa con la realidad estadounidense le posibilitaron la conciencia de que había, efectivamente, *otra América*, distinta en sus orígenes, formación histórica, carácter y valores morales. Ejerciendo una crítica de aquella sociedad a partir de su referencial ético y moral, el americanismo martiano se basó en la negación de los

Estados Unidos en tanto paradigma sociocultural de todo el continente, y buscó ofrecer una alternativa a tal modelo.

En cuanto a Hispanoamérica, el diagnóstico de Martí fue el de una realidad caótica, fragmentada y conflictiva, que, en su esfuerzo por atribuirle una identidad, su discurso buscó ordenar y unir. Sin embargo, más importante que las unidades políticas y formales en el ámbito del continente americano era la unidad de *alma* y *espíritu*, una unidad en torno a los valores universales, que respetase las diferencias útiles, según él, a la libertad. En su ejercicio ordenador, Martí buscó identificar y sobreponer los elementos de unión a los de fragmentación, poniendo de relieve, sobre la apariencia caótica, la esencia unitaria y armónica de *nuestra América*. Por consiguiente, era necesario que un principio espiritual se transformara en el núcleo fundamental del sentimiento de pertenencia o de comunidad en el ámbito del subcontinente, compartido por aquellos que se identificaban con el «alma americana», que congregaba a todos en la realización de la gran misión universal, del gran deber de humanidad. Al recurrir a la imagen de «familia hispanoamericana», Martí resaltó un sentimiento de comunidad, buscando un argumento básico que sostuviera la idea de una patria mayor. Sin embargo, es notable la omisión y/o exclusión de Brasil del campo de identidad de *nuestra América*, como las escasas referencias martianas al término América Latina, quizás por el hecho de que el adjetivo «latina» pone en evidencia solo uno de los componentes que entraron en la formación de la mezcla *nuestramericana*.

Hacia una identidad *nuestramericana*

Más allá de los factores geográficos, históricos, culturales, étnicos y lingüísticos que tradicionalmente fijan las fronteras delimitadoras de un campo de identidad, Martí sobrepuso los valores morales. La virtud, o su referencial ético en general, fue precisamente el criterio fundamental fijador y seleccionador de los elementos incluidos o excluidos del campo de identidad americano que construyó. Eso se debió a su formación y a sus opciones filosóficas. Desde muy joven, Martí abrazó la tesis de que el cultivo de las virtudes, la rectitud en la moral y en las costumbres, conformaban el único camino para que el hombre vislumbrara una vida armónica con la naturaleza —sentido clave, para él, de la existencia humana.

Tanto es verdad, que la principal exclusión de su campo de identidad —la *otra América*— se debió exactamente a criterios de orden ético. Para Martí, la sociedad estadounidense estaba en proceso de degeneración moral o, en la mejor de las hipótesis, tendía

a una visión limitada en relación con determinados valores y virtudes. Tales valores y virtudes eran bien aceptados en el ámbito de las fronteras nacionales, pero negados fuera de ellas —o aun negados internamente para determinados estratos sociales menos afortunados y/o discriminados. El americanismo martiano se consolidó, sobre todo, en su relación de diferenciación de un otro proyecto de identidad continental, condensado en la idea del panamericanismo y en la propuesta de extender al ámbito continental los valores y el modo de vida estadounidense. En paralelo con la afirmación de lo que se *quería ser* estaría la certeza de lo que *no se quería ser*. Fue, fundamentalmente, por la creciente conciencia de una *otra América* —distinta en su origen e historia, costumbres y valores, cada vez más distante de los ideales martianos de sociedad— que ganó más sentido y fuerza la expresión *nuestra América*. Por eso, Martí veía el continente americano dividido por distintos proyectos de futuro, por diversos sentidos de americanismo, reivindicados por una y otra sección de América.

Otro aspecto destacable es la propuesta martiana de identidad americana que adquirió mayor vigor e intensidad como un proyecto de futuro, no basado exclusiva ni privilegiadamente en elementos anclados en el pasado. La visión martiana de la América real y concreta fue marcada y determinada por la que siempre soñó, pero que todavía no existía. En ese sentido, la relación en Martí entre las dimensiones de lo real y de lo utópico hizo que, a veces, el *deber ser* martiano asumiera el lugar de la realidad, o se mezclara con ella. Así, en el americanismo martiano acabaron predominando las fuerzas de transformación sobre las de conservación. Las premisas básicas que deberían guiar el futuro del continente fueron fieles a la ética humanista de José Martí. Al proponer un «americanismo hospitalario» en sustitución de un «americanismo cesáreo y conquistador», representado por la perspectiva panamericanista, Martí pensaba en un campo de identidad *abierto* al mundo, *interesado* por el mundo, por los ejemplos útiles de las conquistas universales de la mente humana. Admitió que, con cierto criterio, todas las raíces e injertos eran bienvenidos, con tal de que no se olvidase el tronco común americano, como la especificidad de sus frutos y flores en el gran jardín universal.

Si acaso había algún tipo de incongruencia entre la América soñada por Martí y la realidad presente, fragmentaria y conflictiva, imperfecta y contradictoria, el punto de partida continuaba siendo esa realidad presente, que exigía ser transformada y depurada, pero no renegada. Afirmar una identidad americana e integrar la gran marcha universal en una posición de protagonismo no debería implicar una negación de los propios orígenes, de la propia historia, del propio pasado, por más doloroso, desdichado y cruento que este pudiera haber

sido. Mucho menos implicaba negar las potencialidades de un conjunto heterogéneo de pueblos que tenían mucho que contribuir, según Martí, con el aporte de sus virtudes y valores propios, con la riqueza y la diversidad del gran banquete universal de los pueblos. Para el pensador cubano, el verdadero americanismo sería aquel que lograra rendirse al imperativo del humanismo y de las virtudes, los verdaderos cimientos de la América nueva.

En definitiva, coherente con su peculiar visión del mundo y del ser humano, de la naturaleza y de la historia y, sobre todo, con su axiología, el americanismo de José Martí asumió un tono universalista por la vía del humanismo. Un americanismo que logró conciliar, por tanto, una perspectiva de identidad regional americana con determinados criterios de universalidad; que buscó un punto de equilibrio entre la individualidad de cada nación y su integración en una totalidad *nuestramericana*, o, en otro nivel, entre una individualidad *nuestramericana* y una totalidad universal. En ese sentido, su ética humanista se constituyó, simultáneamente, en el factor diferenciador y universalizador de su americanismo. Las virtudes morales acabaron convirtiéndose en el criterio fundamental demarcador de los límites y fronteras de *nuestra América*, al determinar las inclusiones y exclusiones del campo de identidad americana por él reivindicado como una proyección de futuro.

Consideraciones finales

Durante los debates de la Conferencia Americana de Washington (1889-1890), el representante de Argentina, Roque Sáenz Peña —que acababa de ser nombrado ministro de relaciones exteriores de su país—, refiriéndose implícitamente a las reinterpretaciones de la Doctrina Monroe, formuladas por el entonces secretario de Estado estadounidense, James Blaine, finalizó uno de sus discursos con la siguiente frase: «¡Sea la América para la humanidad!».¹ Martí relató este hecho en varias ocasiones. En una crónica para el periódico porteño *La Nación*, en marzo del 1890, definió dicha frase como un verdadero «estandarte» y describió su gran receptividad entre los delegados de nuestra América presentes en la Conferencia. En una carta a su amigo Gonzalo de Quesada, en noviembre de 1889, Martí declaró: «El tiempo me falta; pero no para releer el excelente discurso de Sáenz Peña que acaba con una declaración admirable, que he de poner una y otra vez donde todo el mundo la vea y le he de dar la forma que merece». ² Y, concluyendo la carta, hizo el siguiente comentario: «¡...qué verdad es que ya están echados los cimientos de lo que yo llamo América nueva!». ³

Dichas frases parecen contener una fuerza simbólica muy expresiva, al representar y aclarar precisamente lo que consideramos aquí la esencia del americanismo martiano, cuyas bases buscamos revelar a lo largo de este ensayo. ¿Qué significaría, efectivamente, para Martí, dar una «forma merecida» a la «admirable declaración», y ponerla bien alto, como un «estandarte», visible a todo el mundo? ¿Por qué el pensador cubano se identificó tanto, incluso emocionalmente, como demuestran tantas referencias martianas, con ese lema de «América para la humanidad»? ¿Estaría la recepción y comprensión martiana de tal divisa limitada a una mera cuestión de política continental? ¿Cuál sería la interpretación martiana, en ese caso, de la palabra humanidad, así como de la preposición «para»?

Hay que destacar la posibilidad de que la palabra «humanidad» incorpore al menos dos sentidos distintos. Por una parte, puede referirse a una mera totalidad o agrupación de elementos humanos; en otras palabras, al conjunto de todos los seres humanos. Sin embargo, por otra parte, hemos visto anteriormente que la concepción martiana de humanidad estaba vinculada con un sentimiento de comunidad o con un espíritu de comunión. En esta acepción, el término denotaría más bien «fraternidad» o «benevolencia», asumiendo, por tanto, un sentido eminentemente moral. ¿Fueron esas posibilidades del sentido de «humanidad» que tanto atrajeron y llamaron la atención de Martí por la frase de Sáenz Peña? La preposición «para» también nos sugiere algunas interpretaciones sutilmente distintas. Podría indicar un simple rumbo: América en la dirección de la humanidad, como un fin, objetivo final de un movimiento en el sentido América-humanidad. Por otro lado, podría significar un obsequio, una entrega: América ofreciéndose a la humanidad, abierta a ella, denotando un movimiento en el sentido inverso humanidad-América. Sea cual sea, tales movimientos sintetizaban las relaciones establecidas por Martí entre una entidad particular, América, y otra universal, representada por su ideal de humanidad. La meta clave de este estudio fue, precisamente, demostrar esa interrelación que imprimió un sentido peculiar al americanismo de José Martí.

Notas

1. Sáenz Peña alude al lema de la Doctrina Monroe, «América para los americanos» [N. del E.]
2. José Martí, *Obras Completas*, v. 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 124-5.
3. *Ibidem*, p. 125.

© TEMAS, 2007